

# EDUCACIÓN PARA LA CIUDADANÍA DEMOCRÁTICA: LOS VALORES QUE VIENEN

Juan Carlos Sánchez Huete

Doctor en Fía. y CC. de la Educación  
Profesor del CES «Don Bosco». Universidad Complutense de Madrid

EN esta vida, cuando opinamos lo hacemos desde dos atalayas. Una, la de lo imperceptible, donde las opiniones se hacen con racionalidad y discreción. Se usa la inteligencia para montar la fundamentación de lo que vamos a expresar y, con educación, se manifiestan las ideas. Por desgracia, en esta «atalaya de lo racional» se instalan pocas personas. Luego está un torreón desvencijado porque, por él, pasa demasiada gente. Se puede decir de todo sin importar cómo se diga y a quién. Las ideas, atropelladas y sin ningún tipo de reflexión, sientan cátedra porque, al manifestarse, parecen revestirse por un extraño don de la verdad.

Cualquiera de nosotros puede subir a las dos atalayas. La filosofía para expresarse desde una u otra está en el espíritu de las palabras de Alí el León, califa del Islam y yerno de Mahoma el profeta: «Hay tres cosas que no se pueden recuperar: la flecha que se lanza con el arco; la palabra dicha precipitadamente; la oportunidad perdida». Desde la atalaya de la racionalidad no se tiran flechas, las palabras son pausadas y las oportunidades no se dejan escapar. Desde la atalaya del fanatismo, las flechas se lanzan por doquier, las palabras se empujan por salir y no hay tiempo apenas para las oportunidades.

La educación para la ciudadanía democrática y los derechos humanos se ha convertido en un tema polémico tratado desde ambas atalayas. Además, su implantación no deja de ser harto curiosa. No todas las comunidades comienzan en el mismo curso y, según donde, se imparte en un nivel o en otro. Potestades que este estado de derecho concede a unos ciudadanos del mismo nivel, pero que dependiendo donde resida, posee ciertas prerrogativas: Por ejemplo, es posible que los alumnos que residan en determinadas comunidades autónomas puedan cursar esta asignatura con libros gratis. Otros padres, en cambio, tendrán que «pasar por caja» y abonar de su bolsillo la plasmación literaria de la educación para la ciudadanía. ¿Por qué?

La preocupación que gobernantes, responsables políticos, educadores, instituciones como la Iglesia o la familia, han manifiestan por la «Educación para la Ciudadanía», nos interpela a un esfuerzo por instruir a las futuras generaciones.

«Deme la libertad para saber, para pronunciar, y para discutir libremente según la conciencia, sobre todo libertades». Así se manifestaba el poeta y literato inglés John Milton.

Formación que pretende, sobre todo, cambiar este mundo en el que vivimos, con actitudes positivas que hagan de nuestros espacios de convivencia contextos donde se fomenten los valores que fundamentan la democracia y la vida social. A veces vivimos de la anécdota y no trabajamos su aspecto educativo, a pesar de la riqueza que presenta. No conocer a las personas que parece nos deja la conciencia más tranquila. Quizás debamos aprender de aquellos que sufren y no quedarnos impertérritos ante las desgracias de los demás. Me impactó leer en el periódico el siguiente testimonio que relataba una víctima de los atentados de Madrid. Dice de él que es un hombre sin futuro, al que se le han roto las ilusiones. Ha tardado dos años en llorar por lo que vivió aquella fatídica jornada del 11 de marzo de 2004. Sin embargo, hay una anécdota que le ayudó muchísimo: el día que una señora se le abalanzó y, llorando, le abrazó para exclamar: «¡Está usted vivo!». No la conocía absolutamente de nada... bueno sin contar, como la señora decía, los «sólo 30 años» viéndole subir al tren en la misma estación. Hermoso detalle de humanidad... pero ¡cómo nos cuestan, carajo!

## GABINETE PSICOPEDAGÓGICO

NIÑOS, ADOLESCENTES Y ADULTOS  
FRACASO ESCOLAR, FALTA DE AUTOESTIMA,  
TEMORES, ANGUSTIA, DEPRESIÓN,  
TRASTORNOS PSICOSOMÁTICOS

**D. PEDRO SANTAMARÍA POZO**

COLEGIADO 39.697

CONSULTA: C/ VIRGEN DE LOS PELIGROS, N.º 9 / 3.º D  
(METRO SEVILLA)

TEL.: 91 523 25 57 (Previa petición de hora)

**DESCUENTO DEL 25% A LOS  
SRES. COLEGIADOS Y FAMILIARES**

De estas situaciones, la educación, como labor trascendente que comprende el momento actual y se proyecta al futuro, debe nutrirse. La educación en valores significa dar sentido y plenitud a la vida; ese es el reto para facilitar la convivencia y formar ciudadanos democráticos, que aprendan a vivir con otros en un contexto de pluralismo, responsables de sus obligaciones y conscientes de sus derechos..., sólo así se podrán cimentar los sustentos de una sociedad más justa, más solidaria, más humana.

Para la escuela supone un desafío ético y pedagógico educar para la ciudadanía. Decía Galileo que *«al hombre no se le puede enseñar nada, sólo se le puede ayudar a descubrirlo dentro de sí mismo.»* Por tanto, las instituciones educativas deben acompañar en tales propósitos. El problema reside en que se abren demasiados foros de opinión: todos creemos estar en posesión de la verdad, todos entendemos de temas educativos. Sin embargo, no todos podemos diseñar iniciativas de enseñanza/aprendizaje, ni somos capaces de propiciar en los alumnos un referente para fundamentar una identidad adecuada a su contexto, un bagaje cultural y social que les capacite para ser ciudadanos responsables que actúen sobre el mundo con el fin de mejorarlo. Si la vida escolar del alumno es una etapa crucial para construir su personalidad, sin duda este asunto no puede estar en manos de cualquiera.

Bien es cierto que se plantean cierta controversia en distintos aspectos: ¿Cómo abordar un tema tan importante? ¿Cuál es la edad más idónea para que el alumno se enfrente a estos temas? ¿Qué materias deben efectuar su tratamiento educativo? Siempre se ha pensado que aquellas de un contenido más axiológico como la religión, la ética o los temas transversales, son más propensos a un tratamiento más sistemático de la «Educación para la Ciudadanía». Y abordarlo desde la realidad, sin idealismos vacíos y carentes de sentido. A todos los alumnos; que todos son ciudadanos. Y crear una epistemología propia, una materia con su propio cuerpo científico; de lo contrario ocurrirá lo que decía José Martí: *«El hombre (...) no*

*bien nace ya están en pie, junto a su cuna con grandes y fuertes vendas preparadas en la manos, las filosofías, las religiones, las pasiones de los padres, los sistemas políticos. Se viene a la vida como cera y el azar nos vacía en moldes prehechos (...)* El primer trabajo del hombre es reconquistarse.»

Quizás en esa tesitura se halle la «Educación para la Ciudadanía»: lo primero en plantearse sea crear su propia identidad, lejos de tantas mordazas y ataduras. Sea como fuere, la concepción de la «Educación para la Ciudadanía» debe responder a un modelo de ciudadano universal, por encima de credos, religiones, modelos socioculturales, convicciones políticas y morales y, por supuesto, jamás basado en principios o normativas inamovibles.

¿Qué legado están proyectando los responsables políticos a las nuevas generaciones? Esos mismos responsables, que nos dejan saber, pronunciarnos y dialogar, ¿nos permiten verdaderamente cambiar el mundo? Nos ha sorprendido cómo Iglesia y Estado se enzarzaron en un debate estéril, a veces casi pueril, pero cargado de un dogmatismo decimonónico no armonizado con los tiempos que nos ha tocado vivir. Sólo pretendemos conocer las problemáticas que, sobre distintos aspectos, se plantean en la actualidad, y cuáles son las acciones para mejorar la situación. Y para ello se necesita, primero tomar conciencia, después generarla. Que mejor que la familia, las instituciones educativas, los medios de comunicación, quienes se preocupen de crear y canalizar la opinión ante temas tan controvertidos; sólo así se generará una verdadera cultura del respeto, lejos de los fanatismos desintegradores. Desde este planteamiento, la «Educación para la Ciudadanía» requiere un conjunto de saberes, actividades, experiencias y situaciones de aprendizaje basados en valores, mensajes, modelos, y no son precisamente los que políticos y obispos nos dan, porque han de presentarse al alumno desde la realidad, que han de interpretar para comprenderla críticamente y refrendados por la normativa democrática que rija sus vidas.





¿Sabemos de la existencia de una Declaración de los Derechos Humanos? Pues existe, con varios artículos que dicen:

- *Art. 1.- Todos los seres humanos nacen libres e iguales en dignidad y derechos.*
- *Art. 3.- Todo individuo tiene derecho a la vida, a la libertad y a la seguridad de su persona.*

Si somos libres e iguales en dignidad, con derechos tan trascendentales como la propia vida, o la libertad, es importante que los niños se conciencien de la importancia de su participación en la comunidad, que desarrollen el pensamiento crítico para no asistir impertérritos a actos de intolerancia e irracionalidad con el único pensamiento de «eso no va conmigo». Debemos desarrollar competencias para que aprendan, por sí mismos, a convivir como ciudadanos críticos, libres, justos y solidarios, capaces de desenvolverse en una sociedad plural y dinámica y en paz.

En el mundo actual, a diario, contemplamos cómo la convivencia se realiza con personas de diferentes culturas, religiones, creencias, lenguas, etc. No por eso, son diferentes a los demás; simplemente sus usos y costumbres son distintos acordes con el país donde les ha tocado nacer.

Naciones Unidas, en su Carta sobre la igualdad dice: «*Ninguna persona es ni más ni menos humana que otra, todos somos iguales en esencia y tenemos los mismos derechos humanos*».

La igualdad se aprende y se enseña, sobre todo, estudiando actitudes y superando prejuicios estereotipados, ayudando a los alumnos a entender que pueden ser competentes y comprensivos, y proporcionando información adecuada y correcta.

La actual crisis de valores que se vive, supone una serie de hechos que afectan a la libertad del individuo, a la paz, originando desigualdades entre los hombres. Precisamente, la solidaridad auténtica se da entre desiguales. Su práctica pasa por aquellas personas que dan su vida por los demás, voluntariamente, sin ánimo de lucro, con objeto de evitar las desigualdades. La escuela es el marco incomparable para iniciar la empresa de la solidaridad como un valor moral. Los niños han de ser conscientes de que no todos vivimos en las mismas condiciones, pretendiendo así igualar la de otros que luchan por una vida más digna. La educación de las generaciones más jóvenes consiste en comprometerse con causas que les hagan crecer como personas solidarias, capaces de generar actos de ayuda y de comprensión hacia los demás de forma altruista.